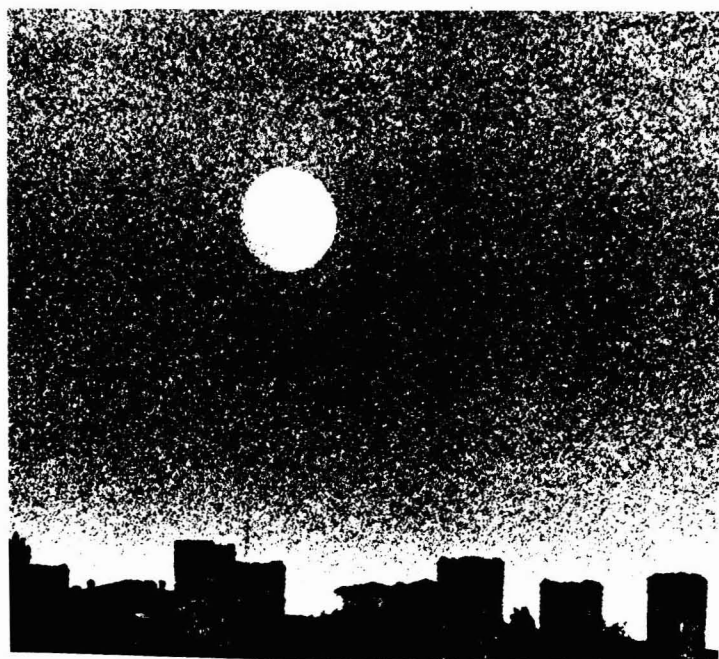


VINETAS BIBLICAS, HALLAZGO DEL AGUA

El muchacho era ya lo suficientemente crecido para entablar diálogo con su madre. A ello hay que añadir la circunstancia de que su particular posición en la casa del patriarca les mantenía aún más unidos de lo que es común. Esas mujeres ricas, ya se sabe, con su corte de siervas, acaban por ocuparse poca cosa de los hijos. Pero ella, Agar, sólo le tenía a él, aquel brote de Abraham crecido en su entraña. Tan inesperadamente.

Porque en principio todo se debió a una condescendencia de ella. ¿Condescendencia o imposición? Agar había aprendido desde muy pronto a leer en la frente de su ama. Y toda la soberbia fría de su gesto, su mirada al marido cuando dijo: "ruego que te llegues a mi sierva", ocultaba la humillación y el dolor, porque al fin Sarah era mujer como ella, y como ella celosa. Irreductible esa hebrea, esa altiva entre la raza altiva. Seguía prodigando hermosura a pesar de sus años, una hermosura que se obstinaba en no querer secarse hasta dar fruto. No le restaba méritos, no, aunque la odiase. Pero Abraham, el varón pacífico, el siervo de Dios, valía más que ella, ése era un gran hombre.

Mientras proseguía su camino con la mano pequeña de Ismael en la suya, y se iban quedando atrás las últimas palmeras, Agar empezó a considerar que ella, hija de Egipto, sabía más largo sobre los dioses que ese otro pueblo espiritual y terco, obstinado en la idea de una sola deidad y de una sola ley. Y sonrió piadosamente al vislumbrar que el Dios de su amo, tan amado y enaltecido, gustaba al fin y al cabo, como todos, de la absoluta sumisión. No hay que darle vueltas, los dioses, como los padres, ensalzan y prefieren a los hijos más dóciles. Abraham sometió a esa Fuerza Primera hasta el tuétano de sus huesos, verdad, y ello constituía en cierto modo toda la gloria de su mérito. Pero también algo de aquella fuerza retenida, domesticada, se agazapó a la defensiva, y había acabado por brotar en este hijo suyo de ojos indómitos, ese futuro padre de guerreros. Porque también a ella le había prometido Dios, también le habían hablado los ángeles.



—Madre: ¿por qué tuvimos que dejar la casa de nuestro señor?

—Fue a causa de *ella* —dijo Agar, incontenible—. Nos condenó desde el momento en que parió a su propia cría, a tu hermano Isaac. Fue ella la que nos arrojó a este desierto, hijo, no lo olvides nunca.

—Pero en los ojos de mi padre había lágrimas mientras te tendía el odre y el pan, mientras posó su mano sobre mi cabeza. ¿Por qué, entonces, cedió? Dime: ¿Por qué obedecen los hombres a la voluntad de las mujeres? Yo no obedeceré.

—¿Ni siquiera a mí?

—Ni siquiera a ti, madre.

Agar rió en silencio. También se había acostumbrado desde siempre a reír de ese modo, a comprimir igualmente los sobresaltos y las alegrías. Volvió hacia su hijo el rostro chispeante. "Me gustas, leoncillo", dijo para sí.

Hacia horas que seguían andando, y las sandalias se habían calentado casi tanto como la tierra árida que pisaban. Nada había entre las dos figuras y el horizonte, ni un vestigio de vida humana, ni la menor señal de que aquella sequedad tuviera fin.

¿Dónde está el linde entre el agotamiento puramente físico y el derrumbe moral? Dos veces se habían detenido brevemente para descansar, y no cambiaban ya palabra alguna. No les quedaba aliento más que para la marcha, ni saliva en los labios secos, amargos. El último buche de agua fue consumido, y desde entonces, sin decírselo, sabían que aquello era el final. El muchacho, hosco, asentaba los pasos con resolución, y ella veía de través el hombro de su hijo, su conformación todavía infantil. Se sintió invadida por un rencor ardiente. En ese cuerpo, débil aún, alentaba la semilla recia del hombre, vivían todas las promesas, todas las posibilidades. Y ahora nada de ello tendría desarrollo.

¿Cómo es posible que la riqueza entera de la vida pueda nublarse en un instante? ¿Que certidumbre, alegría, promesas de Dios y hasta Dios mismo se transformen en tinieblas? Se deja de creer de un golpe, y al dejar de creer, de manera automática todo deja de existir. "Era la muerte la que se agazapaba en la vigorosa dulzura de Abraham, en la predicción del ángel de Dios; era la muerte a donde nos enviaban."

Resultaba ya inútil la lucha, lo sabía. Porque habían llegado al límite de las fuerzas, mientras que aquella extensión, ante ellos, no tenía final. Fue entonces cuando Ismael, al tropezar, no pudo ya levantarse, y su madre lo arrastró como pudo hasta ponerlo bajo el abrigo de unos arbustos del desierto. Aunque secos, espinosos, significaban aún un resto de blandura y de frescor. Después anduvo y se sentó lejos, a la distancia de dos tiros de arco, porque se dijo: "No veré cuando el niño muera."

Alzó los ojos imprecando, llorando, y repentinamente lo descubrió. Allí estaba, el pozo, el pozo. Lo tenía delante de sí y no lo había visto.

Mada Carreño ■ (Madrid) Llega a México al acabar la Guerra Civil. Escritora y periodista. Ha colaborado en *Excélsior*, *Tiras de colores*, *Rueca* y últimamente en *La vida literaria*. Forma parte de la directiva de la Asociación de Escritores de México. Tiene un libro de poemas, *Poesía abierta*, publicado por Ecuador 0°0'0" en 1968. Su primera novela, *Los diablos sueltos*, aparecerá próximamente en Editorial Novaro.